

¿Y si la vinotinto no clasifica?

Ignacio Avalos Gutiérrez



Uno, visto que después de la reciente crisis todo quedó más o menos igual y que, en materia de fútbol, suele sufrir ataques profundos de pesimismo, se imagina sentado en un bar dentro de diez años preguntando, con añoranza, qué será de la vida de Richard Páez, aquel que dirigía ese equipo que casi clasifica para un mundial, ¿te acuerdas?. Sería triste que ése fuera el futuro, ¿no?

Hasta no hace mucho se creía, a punta de simple prejuicio, que en Venezuela no gustaba el fútbol, que era ajeno a la idiosincracia criolla, cosa más bien de extranjeños, “un deporte para gallegos” se decía, exclusivo de colegios regentados por curas, casi siempre españoles.

Así, desde esta óptica todo lo que pasara con el fútbol, aun lo peor, nos parecía normal. Que, por ejemplo, nuestros equipos y selecciones perdieran en las competencias internacionales, costumbre con la que aprendimos a vivir, mirando sin pena una historia poco épica, llena de sinsabores, como si estuviésemos condenados a jugar mal por los siglos de los siglos, amén. Si acaso, nos consolábamos comentando que, en tal o cual partido al menos no nos golearon, que el equipo estuvo bien parado en la cancha, una formulita empleada por los entendidos para evadir explicaciones que no explicaban nada. “Jugamos como nunca y perdimos como siempre”, pensaba uno oyendo el comentario de los directivos ante un nuevo revés. Las derrotas siempre encontraban una anécdota que las disculpaba: el árbitro ese, un balón que pegamos en el larguero –fue en el minuto catorce, ¿te acuerdas?–, el barro de la cancha, en fin, la mala leche manifestada en decenas de motivos. Siempre había la manera, así pues, de convertir las derrotas en victorias morales, como si el fútbol no fuera cosa de goles y puntos, sino de merecimientos por razones de justicia.

El fracaso de nuestros equipos y la idea de que lo nuestro es el béisbol, ocultaban el hecho, casi paradójico de la popularidad de un deporte practicado masivamente en casi todo el país. Y hacía que pasaran inadvertidos unos dirigentes que apenas dirigían, que manejaran respetables cantidades de dinero (más que en cualquier otro deporte), y mostraran muy pocos logros. Nada nos parecía extraño. Nadie se escandalizaba, nadie reclamaba cambios, nadie pedía que se establecieran responsabilidades. Al final, nada importaba, porque en nuestro imaginario colectivo nunca nos vimos como nación futbolera.

La vinotinto : revolución de las expectativas

Pero desde hace poco se han comenzado a ver cosas raras: estadios llenos cuando juega la selección (sólo nos interesábamos por ella cuando jugaba contra Brasil y eso ¡para ver a Brasil!), fanáticos pintarrajeados y envueltos en su franela vinotinto, jugadores firmando autógrafos, y haciendo cuñas comerciales, canales de televisión disputándose los derechos de transmisión y periódicos reseñando hasta el detalle la preparación de Arango, el zurdo Rojas, Leo Jiménez y los demás del equipo.

Esas cosas raras, muy raras, nos han venido de la mano inteligente, esforzada y experta de Richard Páez, quien logró darle otra cara a la selección nacional e hizo posible la identificación simbólica de la sociedad venezolana con el fútbol.

La selección revolucionó, digámoslo así, las expectativas del país respecto a su balompié y, por otro lado, rebasó con creces las capacidades de sus actuales conductores. A estos se les puso grande la tarea, dadas las nuevas exigencias, consecuencia del éxito vinotinto, el cual reveló las costuras de un deporte montado sobre estructuras muy endebladas y puso en evidencia, así mismo, lo poco parecido que es el balompié venezolano a la selección nacional.

Prohibido ir a los tribunales

Pero, en fin, gracias al desempeño de ésta el balompié criollo se encuentra, no obstante su mal semblante general, en el centro de la opinión pública. Una prueba de ello han sido los recientes comicios de la Federación Venezolana de Fútbol (FVF), los cuales se esperaban como siempre, es decir, como se espera un mero trámite burocrático, simple aguaje, necesario para cumplir con las normas que ordenan hacer elecciones cada cuatro años.

Sin embargo, la película reveló, como se sabe, cosas muy diferentes e inesperadas : la presencia, con fuerza, de un movimiento opositor a Rafael Esquivel (quien lleva 18 años como presidente de la FVF), la intervención del Tribunal Supremo de Justicia (TSJ), las amenazas de la FIFA, la mediación política por parte del alto gobierno, cosas todas insólitas en los eventos electorales federativos.

En efecto, como se recordará, Jesús Bernardinelli, Presidente de

la Asociación de Fútbol del Estado Yaracuy y promotor de alternativa opositora, intentó una solicitud de amparo constitucional, conjuntamente con medida cautelar, en contra de varios artículos del Reglamento Electoral de la Federación Venezolana de Fútbol (FVF), alegando su incompatibilidad con disposiciones constitucionales relativas a la participación electoral, creando así una crisis que, por su trascendencia, no tiene precedentes entre nosotros.

La FIFA, organización que agrupa más miembros que la propia ONU y tiene más control sobre sus dominios que el mismo Vaticano sobre los suyos, no miró con buenos ojos semejante iniciativa. Desde el prisma de sus intereses futbolísticos y comerciales (distintos, aunque a veces cueste diferenciarlos), el proceso venezolano le pareció muy embrollado. Ciertamente, la FIFA, que sabe de la globalización mucho antes de que los académicos hablan de ella, no mira con buenos ojos que los conflictos se diriman según la justicia ordinaria de cada país, en vez de hacerlo en sus instancias, de acuerdo a sus santas y universales reglas. Le desagradó, así mismo, que la mano gubernamental (no importa cuán nobles sean sus intenciones) interviniera en los asuntos deportivos.

Y cuando se disgusta, la FIFA amenaza (y cumple) con la desafiación del país que lo disgusta, lo cual equivale a excluirlo de todas las competencias internacionales. En el caso venezolano tal medida habría significado sacar a la vinotinto de

las eliminatorias mundialistas y a los equipos venezolanos de la Copa Libertadores y, por otra parte, perder la sede de la Copa América y del Campeonato sudamericano sub- 17. O resuelven su pelea conforme a nuestros cánones, o los desafilio, mandó decir el Papa Joseph Blatter I, jefe de la FIFA.

Servida la mesa de esta manera, el TSJ, por vía de su Sala Constitucional desestimó el recurso introducido ante la Sala Electoral por Bernardinelli señalando que "... dadas las advertencias proferidas por la Federación Internacional de Fútbol Asociado (FIFA), se encuentra en riesgo de perder su posibilidad de concretar su participación en las justas internacionales, pues la controversia electoral planteada en este caso, que sin dejar de reconocerse su importancia, esta Sala Constitucional considera que el problema subyacente, sobrepasa los intereses individuales o colectivos de aquellos que pretenden su postulación para la asunción de los cargos de directivos de la FVF, puesto que, y así lo subraya la Sala, se encuentra en juego el interés de un colectivo aun más relevante, compuesto tanto por deportistas (las categorías sub-17, sub-20, sub-23 y de la selección de mayores (conocida como "La Vinotinto"), como por su fanática (pueblo venezolano, que tiene el derecho al esparcimiento y la recreación); donde unos, por un lado, pretenden lograr como un caso inédito en la historia futbolística venezolana, alcanzar posiciones internacionales relevantes, y los otros, ver cómo sus representantes deportivos alcanzan tan añorado laurel y de los cuales también serán coparticipes."

Así, al cobijo de esta argumentación se dispó la amenaza de la desafiliación internacional del balompié criollo. Ganó el fútbol, se proclamó a los cuatro vientos una vez difundida la sentencia del TSJ.

Triunfó el interés nacional sobre las mezquindades políticas, fue la conclusión de unos y otros. Todo el mundo contento, así pues, principalmente Rafael Esquivel, quien logró, gracias a la decisión judicial, prorrogar cuatro años más su ya casi eterno mandato.

Con la política hemos topado

Pero, en medio de tanta contentura, ¿será pecar de suspicaz creer que el dictamen le vino como anillo al dedo a la FIFA (aunque manifestarlo lastime nuestras pretensiones de soberanía, exacerbadas, por cierto, en los últimos tiempos) y lo será, por otro lado, suponer que, vaselina jurídica de por medio, hubo un acuerdo, cocinado al más alto nivel, evidencia de lo elástica que puede ser la interpretación de nuestras normas?

La sentencia puso de bulto la creciente politización del fútbol venezolano. Con la política hemos topado, se dijo con inocente desencanto, como si la política no hubiese estado, para bien y para mal, siempre presente, y como si ahora, siendo nuestro fútbol asunto del mayor interés público, no comenzara a pasar aquí lo que pasa en casi todo el planeta, como si, encima, pudiera imaginarse una zona del país vacunada contra la polarización de chavistas y antichavistas (aunque según ubicaciones que los mezclan, en un mismo lado, a unos con otros, presagio, tal vez, de los nuevos giros que podría tomar la confrontación política venezolana). Como si se creyera, de otro lado, que la FIFA es una inocente ONG y las cosas pudiesen ser de otra manera en una actividad que involucra tanto dinero. Como si, en fin, sociólogos y economistas no hubiesen vertido demasiada tinta mostrando que las cosas del fútbol se ventilan y deciden atendiendo a razones que, por lo general, no provienen de la cancha ni de los jugadores.

¿Qué nos quedará de todo esto?

El resultado obtenido en los dos últimos partidos de la eliminatoria le complican la aritmética a la selección nacional. La realidad, terca como mula, no deja ver muchas posibilidades para asistir al próximo campeonato mundial, aun cuando no hay nada definitivo todavía.

¿Qué pasará si la vinotinto no consigue el boleto para ir a Alemania y queda ubicada en los alrededores de la mitad de la tabla, una figuración notable, sin antecedentes en nuestra historia, pero frustrante porque no se dio la mano con las expectativas creadas? ¿Recordaremos, entonces, estos últimos cuatro años como el resultado de un trabajo coyuntural, un curioso episodio deportivo envuelto en una pasajera emoción nacionalista, que no produjo mayores consecuencias y dejó a nuestro fútbol siendo el que venía siendo desde antes? ¿O lo recordaremos, más bien, como el momento en que se inició, suerte de efecto en cascada, desde la selección nacional hacia abajo, la transformación radical en las estructuras del balompié de este país?

Uno, visto que después de la reciente crisis todo quedó más o menos igual y que, en materia de fútbol, suele sufrir ataques profundos de pesimismo, se imagina sentado en un bar dentro de diez años preguntando, con añoranza, qué será de la vida de Richard Páez, aquel que dirigía ese equipo que casi clasifica para un mundial, ¿te acuerdas?

Sería triste que ése fuera el futuro, ¿no?